

# La dimensión misionera del nuevo catecismo

*Cardenal Jozef Tomko*

**D**URANTE los días de la presentación oficial y solemne del Catecismo de la Iglesia Católica me encontraba en visita pastoral en los territorios misioneros de ese inmenso «continente sumergido» que es Oceanía. La noticia también había llegado ya a esas islas perdidas en medio de las infinitas extensiones de agua del Pacífico y algunos laicos instruidos me manifestaron con impaciencia su deseo de tener el volumen para poder alimentar su fe. Era un signo del interés por este «texto que hace fe», incluso en los más remotos rincones del globo.

El episodio confirma la importancia del Catecismo para los países de misión. Pero es importante también para el mundo entero, pues -como dijo el Santo Padre- «el nuevo Catecismo constituirá para los fieles una ocasión preciosa para reavivar la fe y afianzar el espíritu misionero, favoreciendo de ese modo la auténtica renovación eclesial».

## La misión penetra el Catecismo

La dimensión misionera, en efecto, penetra como el alma todo el libro. Se trata del Catecismo que la Iglesia católica se da a sí misma, en los umbrales del gran jubileo del año dos mil, cuando en todos los continentes el Espíritu guía a la Iglesia hacia la evangelización o hacia la nueva evangelización, que

es el tema de todas las grandes asambleas continentales de estos últimos años: las asambleas sinodales de Europa y de África, la reunión pleraria de las Conferencias Episcopales de Asia (1991) y la reciente Conferencia de los obispos latinoamericanos en Santo Domingo.

La Iglesia católica, que en el concilio Vaticano II se definió a sí misma misionera por naturaleza (*Ad gentes*, 2), se presenta ahora en el Catecismo como «comunidad y misión». Por eso la naturaleza misionera se convierte también para el Catecismo en una característica a veces explícita y a veces implícita, pero siempre esencial. Para tomar conciencia de esa realidad, basta observar en el índice temático la riqueza de términos como «misión», «misión 'ad gentes'», «misionero», «evangelización», «salvación», «anuncio», etc...

Ciertamente, el nuevo Catecismo no es un manual de misionología. Pero, a pesar de ello, el espíritu misionero aparece en él incluso en las partes que tratan de los misterios de la fe, de la celebración del misterio cristiano en los sacramentos, en la parte moral y en la que versa sobre la oración. Y no podría ser de otra manera, si se piensa que la misión tiene su manantial último en la «misión ad intra» en el seno de la Santísima Trinidad, que se difunde fuera de la vida íntima de Dios en la misión del Hijo en virtud del Espíritu Santo y continúa en la misión confiada a la Iglesia y a cada uno de los bautizados: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mt 28, 19); «seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra» (*Hch 1, 8*), testigos con la vida y con la palabra, alimentados con los sacramentos y la oración...

Pero en algunos capítulos la dimensión misionera es más explícita. Existe también una parte breve, pero densa, que trata directamente, casi *ex profeso*, el tema de la misión en el marco de la catolicidad de la Iglesia.

## **La misión, exigencia de la catolicidad de la Iglesia**

Con un lenguaje sintético y conciso, que se asemeja a veces al de las solemnes profesiones de fe, el Catecismo traza las bases de la misión. Esas verdades lapidarias están tomadas de la Palabra de Dios y de los documentos del concilio Vaticano II, a los que se añade la encíclica misionera de Juan Pablo II *Redemptoris missio*, que así obtiene en el Catecismo su auténtica

valoración doctrinal, cada vez más reconocida. En las certezas recogidas de las fuentes de fe se encuentra una respuesta implícita a algunas opiniones teológicas que aún hoy minan no sólo el impulso misionero, sino también la identidad católica y misionera de la Iglesia.

El fundamento de la misión se coloca en el mandato misionero del Señor (*Mt 28, 19-20*): «La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser 'sacramento universal de salvación', por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres» (*Catecismo, n. 849; Ad gentes, 7*). Una respuesta clara a quien quisiera reducir el esfuerzo misionero a la época colonial, decretando así su fin.

Después de haber señalado el origen de la misión en el amor eterno de la Santísima Trinidad y su objetivo en hacer partícipes a todos los hombres de la comunión que existe entre las Personas de la Trinidad (*cf. Redemptoris missio, 23*), el Catecismo describe así el motivo de la misión: «Del amor de Dios por todos los hombres la Iglesia ha sacado en todo tiempo la obligación y la fuerza de su impulso misionero: 'porque el amor de Cristo nos apremia' (*2 Co 5, 14; cf. Apostolicam actuositatem, 6; Redemptoris missio, 11*). En efecto, «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (*1 Tm 2, 4*). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la Iglesia, a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan, para ofrecérsela. Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera». (*Catecismo, n. 851*).

Este denso párrafo aclara muchas cuestiones hoy discutidas en el mundo misionero. Precisa, ante todo, que la voluntad universal de salvación de Dios incluye el conocimiento de la verdad salvífica, como resulta evidente del texto paulino a veces mutilado en las citas interesadas. De allí se sigue que el designio universal de Dios para salvar a todos los hombres no sólo no impide ni frena el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, sino que, por el contrario, lo enciende y lo estimula más.

Otras alusiones se encuentran más adelante también en el párrafo que habla de los caminos de la misión, que abarcan el camino de la cruz, de la pobreza y de la paciencia, y conocen varias formas y fases de la evangelización: el anuncio, el establecimiento de comunidades cristianas y la fundación de

Iglesias locales, la inculturación para encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos, el diálogo respetuoso con los que todavía no aceptan el Evangelio.

## La misión y la salvación de los no cristianos

El Catecismo, en el mismo contexto de la catolicidad de la Iglesia, afronta asimismo la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas, que interesa directamente a la misión y hoy es cada vez más discutida. Aquí también nos encontramos frente a una síntesis de la doctrina patristica y conciliar, que logra condensar en dos páginas los principios que pueden iluminar los problemas que el mayor contacto con esas religiones lleva cada vez más al centro del interés de los teólogos y de los cristianos en general. Desde luego, para una Iglesia misionera las respuestas del Catecismo sobre esta materia son fundamentales, a pesar de estar ya ampliamente afirmadas en la enseñanza del concilio Vaticano II.

El Catecismo afirma ante todo, con el Concilio, que «los que todavía no han recibido el Evangelio también están ordenados al pueblo de Dios de diversas maneras» (*Lumen gentium*, 16). Luego, estudia aparte la relación de la Iglesia con el pueblo judío y con los musulmanes. Pasando a continuación a las religiones no cristianas, señala el vínculo de la Iglesia con ellas ante todo en el origen y el fin comunes del género humano (*cf. Nostra aetate*, 1).

Con un lenguaje sumamente conciso, pero también muy esmerado, el Catecismo describe seguidamente la situación de esas religiones (*nn.* 843-845): «La Iglesia reconoce en las otras religiones la búsqueda, ‘todavía en sombras y bajo imágenes’, del Dios desconocido pero próximo, ya que es él quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas y quiere que todos los hombres se salven. Así la Iglesia aprecia todo lo bueno y verdadero, que puede encontrar en las diversas religiones, ‘como una preparación al Evangelio y como un don de Aquel que ilumina a todos los hombres, para que al fin tengan la vida’ (*Lumen gentium*, 16; *cf. Nostra aetate*, 2; *Evangelii nuntiandi*, 53).

«Pero, en su comportamiento religioso, los hombres muestran también límites y errores que desfiguran en ellos la imagen de Dios: ‘Con demasiada

frecuencia los hombres, engañados por el Maligno, se pusieron a razonar como personas vacías y cambiaron el Dios verdadero por un ídolo falso, sirviendo a las criaturas en vez de al Creador. Otras veces, viviendo y muriendo sin Dios en este mundo, están expuestos a la desesperación más radical» (*Lumen gentium*, 16).

«El Padre quiso convocar a toda la humanidad en la Iglesia de su Hijo para reunir de nuevo a todos sus hijos que el pecado había dispersado y extraviado. La Iglesia es el lugar donde la humanidad debe volver a encontrar su unidad y su salvación»

Aquí el Catecismo toca la cuestión de la necesidad de la Iglesia para la salvación. Explica, ante todo, el verdadero sentido del principio: «*extra Ecclesiam nulla salus*», «fuera de la Iglesia no hay salvación». Este principio significa sencillamente que toda salvación viene de Cristo-Cabeza por la Iglesia que es su Cuerpo (cf. *Lumen gentium*, 14). Luego, con palabras del concilio Vaticano II, precisa la situación de los que, sin culpa suya, no conocen a Cristo y a su Iglesia: «Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna» (*ib.*, 16).

Y concluye: «Aunque Dios, por caminos conocidos sólo por él, puede llevar a la fe, sin la que es imposible agradarle, a los hombres que ignoran el Evangelio sin culpa propia, corresponde, sin embargo, a la Iglesia la necesidad y, al mismo tiempo, el derecho sagrado de evangelizar (*Ad gentes*, 7) a todos los hombres».

## Una guía segura para la misión

Hay muchas otras cuestiones actuales en los territorios de misión, para las que el Catecismo señala un camino claro y seguro. Bastaría mencionar como ejemplo la enseñanza acerca del matrimonio con respecto a la poligamia y al divorcio, o la que trata sobre la materia que ha de usarse en los sacramentos, sobre la salvación en Jesucristo, único Mediador, etc...

En general, se puede decir que para los países de misión el Catecismo toma un papel especial de guía segura para sostener y confirmar la fe y para proseguir con certeza doctrinal la evangelización.

Las Iglesias jóvenes, sus pastores y los misioneros encontrarán en el Catecismo un punto de referencia claro para el anuncio de la fe verdadera, y sobre todo para la delicada operación de la inculturación del Evangelio y de su encarnación en las culturas locales, operación que exige un conocimiento perfecto del dato de fe, para poder compararlo con los datos de la cultura y valorar su compatibilidad con el Evangelio y con el espíritu de comunión con la Iglesia universal (*cf. Familiaris consortio, 10*).

El Catecismo será para esas Iglesias jóvenes una ayuda valiosa para conectar con la Tradición milenaria de la Iglesia y al mismo tiempo con el *aggiornamento* posconciliar, recibiendo así *nova et vetera*, lo nuevo y lo antiguo, de la vida de fe, sin riesgos ni sacudidas. Asimismo será para la Iglesia entera «un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial y una regla segura para la enseñanza de la fe», como afirma el Santo Padre en la constitución apostólica *Fidei depositum* para la publicación del Catecismo. Con su acentuada dimensión misionera impulsará a la Iglesia universal y a las Iglesias particulares, y en primer lugar a las misioneras, a un nuevo esfuerzo de evangelización.

El deseo expresado por Juan Pablo II en la misma constitución que sirve de introducción al Catecismo, cobra en la perspectiva misionera una profundidad especial: «Ojalá que la luz de la fe verdadera libere a los hombres de la ignorancia y de la esclavitud del pecado, para conducirlos a la única libertad digna de este nombre (*cf. Jn 8, 32*), es decir, a la vida en Jesucristo, bajo la guía del Espíritu Santo».

**CARDENAL JOZEF TOMKO**

El cardenal Jozef Tomko, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, fue miembro de la Comisión para la preparación del Catecismo de la Iglesia Católica.